63 POZZO3 C. .C4 H5

> El editor ha adquirido el derecho exclusivo de publicar esta obra en castellano.



MADRID.—Est. Tip. de los Hijos de F. Marqués. Madera, 11.



## HIJO DEL MAR

## PRÓLOGO

En los primeros días del mes de Marzo de 186... zarpaba del Havre con rumbo á Nueva-York un gran navío mercante construído en Baltimore, cuya carga estaba constituída en su mayor parte por multitud de emigrantes.

El tiempo era el que en términos náuticos suele llamarse «manejable».

Aun dentro de la rada del Havre, el mar, azotado por fuerte viento nordeste, formaba grandes olas, altas y largas, de esas que cansan desde luego al barco, pero que no ofrecen peligro para un velero del tonelaje del Queenstown, equipado por numerosa tripulación y dotado de las más tranquilizadoras condiciones de solidez, y hasta de velocidad.

En aquella época acababan de inaugurarse las líneas de vapores; negocio marítimo que luego había de tomar tan rápido y extraordinario desarrollo.

Los pasajeros iban hacinados como carneros: estaban muy lejos de hallarse rodeados de comodidades, y teniendo en cuenta que las travesías entre la Europa occidental y Nueva-York, que actualmente se realizan en ocho días á lo sumo, exigían entonces para los buenos veleros triple tiempo de navegación, aun en las condiciones más favorables, se comprenderá que los centenares de emigrantes obligados á expatriarse en estas condiciones no estaban precisamente sobre un lecho de rosas.

Á pesar de ser el tiempo «manejable», como ya he dicho, era necesario un buen piloto para realizar una travesía feliz, porque, según ciertos síntomas característicos para los marinos, era fácil prever la próxima presentación de la bruma ó de un temporal de viento.

Apenas el navío entró en alta mar con todo el trapo al aire, los pasajeros comenzaron á refugiarse en sus camarotes ó en los entrepuentes. El barco cabeceaba con violencia, y los efectos de tal movimiento no tardaron en dejarse sentir.

El barco había zarpado aprovechando la marea de la tarde, y era necesario tomar precauciones para la noche, que se presentaba dura.

Así opinaba el timonel. Pero los buenos consejos son inútiles cuando el que los recibe no está propicio para oirlos, y la oficialidad del *Queenstown* estaba ebria cuando éste entró con toda la vela al viento en el banco de bruma previsto.

El instinto de conservación hizo que el Comandante diera orden de plegar algo de velamen; pero una vez tomada esta medida, lenta é incompletamente, la orgía continuó, y el Queenstown siguió su camino nocturno en medio de la densa neblina.

Generalmente, por no decir siempre, esos pesados bancos de niebla que caen inopinanadamente sobre el mar, lo calman, y en la proximidad de las costas los veleros no tienen que temer más que la resaca, que pudiera arrastrarlos adonde no quisieran. En estos casos eso es lo más temible.

Andar sin rumbo, sin saber por dónde, ó quedar sin movimiento é ignorando la situación, son para el marino dos alternativas crueles. Á bordo del *Queenstown* nadie se preocupaba, y, no inspirando el tiempo inquietud alguna, los pasajeros, abatidos por el mareo, no pensaban ni podían pensar en lo que podía sobrevenir, funesto é irreparable.

La noche se pasó de esta suerte, demasiado bien para lo que puede esperarse en un navío en el cual las siete octavas partes de los tripulantes no tienen conciencia de su estado.

Además, toda persona al poner el pie en un navío se remite á la experiencia del capitán; siente y sabe que no tiene voz ni voto y que su vida está entre las manos de uno solo, que es dueño absoluto á bordo después de Dios.

Al clarear el día el navío se hallaba aún en plena bruma, aunque ya menos espesa. El puente estaba casi desierto; la mayoría de los marinos tocaban las consecuencias de la orgía, y el Queenstown iba adonde le llevaba la brisa, con marcha de barco bien dirigido, gracias al timonel, que, aunque ebrio como los demás, cumplía maquinalmente con su deber, te-

niendo á medias noción de su responsabilidad.

La mayoría de los barcos que se pierden al salir del Havre, aun los mayores trasatlánticos, naufragan en tiempo de niebla. Una vez cogidos en el sepulcro, no saben dónde están, y entonces las corrientes los arrastran casi siempre hacia las costas de Calvados.

Debido, sin duda, á la orientación de su velamen, el *Queenstown* había permanecido en alta mar; pero tenía ante sí el relieve de las costas de la Mancha, y cuando el Sol, disipando los últimos jirones de la bruma, apareció en el horizonte, se hallaba á la vista de Barfleur y ya dentro de la línea de escollos. Un poco más de brisa, y la corriente lo hubiera lanzado sobre las rompientes durante la noche: tan sólo los ribereños se hubieran enterado de la catástrofe por los restos que las olas lanzaran á la playa.

Sin embargo, hasta aquel momento el abandono de la tripulación no había producido, por fortuna, más que un retraso en la marcha; pero cuando las gentes de la costa, siempre madrugadoras, divisaron aquella masa que parecía correr por sí misma á una perdición segura, se levantó un clamoreo de estupefacción por todas partes.

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso el capitán de tan magnífico barco estaba loco?

Gracias á la protección de la costa, la velocidad había disminuído; pero el navío iba derecho á la *Blanche-Nef*, roca tristemente célebre, contra la cual se estrellaría indefectiblemente si no cambiaba de rumbo.

La marea estaba baja, y las gentes de Barfleur hacían señales y más señales, sorprendidas al ver que á bordo del *Queenstown* nadie contestaba y que el barco continuaba imperturbablemente su camino, como si estuviera abandonado.

Salir para prevenirle del peligro, era imposible: en primer lugar, porque todas las embarcaciones estaban en seco en el puerto, tiesas sobre su quilla ó acostadas en el fango; además, dada la marcha del navío, la catástrofe era tan evidente como próxima.

Lo más extraordinario era que la enorme claraboya del faro de Gatteville brillaba aún con los albores del día. ¿Cómo, pues, se explicaba que no la hubiesen visto á bordo de aquel barco que iba derecho hacia ella?

Los patronos de pesca, que nunca se hacen á la mar sin anteojo marino, procuraban ver lo que ocurría en el Queenstown, y cambiaban sus impresiones.

—¡Palabra de honor! ¡Parece que no hay ni un hombre á bordo! ¿Qué significa eso?

—Patrón Bande, tocante á hombres vivos, sólo veo al timonel, y tiene aire de ballena en seco. Tiene usted razón: ¿qué significa eso?

—Esto significa que dentro de diez minutos á lo más ese barco se hará pedazos, como si fuera vidrio, contra la roca hacia la cual corre enfilado.

En la punta de Barfleur, y alrededor del inmenso anfiteatro de arena y rocas donde rompen y mueren las olas que se precipitan en la bahía de Gatteville, los ribereños circulaban, corrían, se amontonaban sorprendidos. Las campanas de las iglesias, lanzadas á vuelo, aturdían el espacio, tratando de llamar la atención de la extraña tripulación que tan tranquilamente corría á una muerte segura.

Algunos gritaban con toda la fuerza de sus pulmones, al mismo tiempo que otros hacían señas, agitando los brazos y gesticulando sin cesar.

¡Nada! El Queenstown continuaba impertérrito su camino, con gran asombro y mayor terror de aquellas pobres gentes, que nunca habían visto cosa semejante, y cuya mayoría, al presenciar la inevitable catástrofe, se estremecía de espanto.

De repente el Queenstown se desencuadernó; el espolón granítico de la Blanche-Nef le detuvo en seco, le abrió en dos el casco, y en menos tiempo del necesario para describirlo las gentes del ribazo vieron caer el velamen en desorden al mar, sobre el cual permaneció algún tiempo con espasmos de globo que se deshincha, á la vez que resonaba, dominando el estrépito de las olas, una detonación formidable, como producida por una descarga cerrada de artillería.

Á los pocos instantes el velamen, casi sumergido, flotó impregnado de agua, y al arrastrar consigo los trozos de jarcias y maderamen no quedó sobre la roca más que una especie de masa negra, algo que al hnndirse el barco se había enganchado allí, hasta que la marea ascendente, ayudada por la brisa, lo levantase como un corcho y lo hiciera desaparecer como el resto.

Un espectáculo horrible, casi indescriptible, apareció ante los aterrorizados ojos de los pescadores. De los costados del navío desencajado salieron los cadáveres de las víctimas asfixiadas, la mayor parte en un estado de desnudez casi completa, sorprendidas en sus camarotes ó en el puente por el inesperado hundimlento.

Antes de que el Queenstown se disgregara en informes restos, el agua, precipitándose instantáneamente por la primera abertura, había ahogado á los pasajeros, quitándoles toda defensa, y sólo quedaban vivos dos hombres de la tripulación, que pudieron agarrarse á los restos de un palo, siendo llevados por las aguas hacia tierra lentamente.

En cuanto hubo agua en el canal gran número de barcas de Berfleur salieron dificultosamente, por tener que luchar con el viento y la marea; y cuando pudieron evolucionar con libertad y recorrer la bahía en todos sentidos, con la esperanza de recoger algún ser vivo que permaneciera agarrado á los restos del navío, sólo pudieron socorrer á dos marineros, que casi milagrosamente eran arrastrados por las aguas hacia Gatteville.

El mar se iba cubriendo de despojos; el maderamen del barco hundido, sus palos, sus vergas y sus cordajes se entrelazaban á capricho de las corrientes y del mar, que á

medida que crecía tomaba fuerza y se agita-

Mercancías de todas clases, principalmente barricas llenas, se mecían como boyas y bailaban una extraña zarabanda extendiéndose por todas partes, unas tocando tierra, otras alcanzadas por las corrientes y arrastradas hacia los escollos, para estrellarse allí y desaparecer para siempre; porque es sabido que nadie recuerda haber hallado nunca nada de los barcos perdidos en aquellos parajes bajo el doble é irresistible impulso de las aguas y del viento.

Entre los más arrojados patrones del puerto de Barfleur que se lanzaron al mar para tratar de arrancarle algunas vidas humanas, se hallaba el patrón Hilario Langlois.

Los más peligrosos parajes de la Mancha no tenían secretos para él. De Cherburgo á Saint-Waast le eran conocidas las menores corrientes, las más insignificantes hondonadas, las rocas submarinas, que en aquellos tiempos no estaban señaladas en los mapas, porque los ingenieros hidrográficos no pensaban que los barcos de altura, como llamaban entonces á los grandes navíos, pudieran llegar hasta ellas empujados por la borrasca.

Entre los restos de todas clases que flotaban por doquier navegaba Hilario Langlois, á pesar de la dureza del tiempo, ojo avizor y deseoso de acercarse á los restos del Queenstown, en apariencia inmóvil sobre la Blanche-Nef, resistiendo el asalto de las olas que pasaban por encima envolviéndole en nubes de espuma.

El patrón Hilario Langlois, sin retroceder ante el peligro de que se daba perfecta cuenta, se acercaba impávido á la *Blanche-Nef* atraído por aquel despojo que resistía los ataques de las aguas.

Después de haber bordeado mucho buscando el viento, acabó por detenerse en un remanso formado por la roca, que ofrecía un relativo resguardo, y dió orden de amarrar.

Se hizo atar una cuerda á la cintura, se lanzó al agua, y llegó á nado hasta la *Blan-che Nef*.

La parte del Queenstown que el mar no había destruído le atraía. Era un pedazo del puente que se había empotrado en una especie de anfractuosidad profunda, y protegido por la superficie casi lisa de la roca, que le defendía del choque de las olas, tanto más terribles cuanto que llegaban deshechas y tra-



Le apretó contra su pecho...

tando de reunirse con mayor fuerza, si cabe.

Cuando Hilario Langlois puso el pie en la roca, mientras su barca bailaba desesperadamente á corta distancia custodiada por los dos marineros que quedaron á bordo, se desciñó la cuerda, la amarró á una piedra alta y cilíndrica que parecía hecha exprofeso, y lentamente, á causa de las resbaladizas algas que dificultaban su marcha, se dirigió á los despojos del *Queenstown*: cuando estuvo muy cerca, le pareció oir gemidos que salían de lo interior.

Hilario recorrió el trozo de puente, percibiendo pronto la puerta medio desencajada. Entró, y en el suelo, si se puede llamar así á cuatro tablas desunidas, vió un niño casi des nudo, cubierto sólo con una camisa que apenas le llegaba á los riñones, y ceñida por la humedad al cuerpo de la criatura. El patrón notó más tarde que no tenía inicial alguna.

Se apoderó precipitadamente de la criatura, que apenas tendría tres años, la apretó contra su pecho, y con toda la rapidez posible se dirigió á la roca donde había amarrado la cuerda.

Una vez que hubo llegado se la arrolló nuevamente á la cintura, y en poco tiempo se encontró en el puente de su barca, con gran estupefacción de sus marineros, á los cuales enseñaba su hallazgo.

Pero éste lloraba desesperadamente; en primer lugar, de frío, y tal vez también de hambre. Hilario Langlois bajó con él al camarote disponiéndose á hacerle reaccionar, á la vez que daba orden á los marineros de poner la proa á Barfleur, donde entrarían con facilidad llevados por la marea.

Y era de ver el aire de triunfo con que al llegar al muelle presentó al pequeñuelo entre sus manos callosas á la curiosa multitud, que lanzaba asombradas exclamaciones.

—¿Dónde ha pescado usted eso, patrón? ¿Cómo es que ese niño vive aún, cuando tantos otros han muerto?

—No sé nada: lo único que puedo decir es que por ahora sería más de su gusto tomar alguna cosa que le reanimara el estómago que oir conversaciones acerca de su persona.

Y viendo á su mujer rodeada de chiquillos que miraban asombrados al niño que tenía su padre en brazos,

—Toma, mujer—le dijo:—corre á casa, y reanima al pequeñuelo como es debido. Dios

no me ha permitido sacarle del mar para que le deje morir de hambre.

El náufrago pasó de brazos del patrón á los de la señora Hilario Langlois (1), que arropó al chico lo mejor que pudo con un chal que llevaba sobre los hombros, y sin hacer el menor gesto de protesta llevó al niño hacia la casuca que tenían.

Aquel niño era yo; y si escribo estos acontecimientos, de los cuales no podía tener ni recuerdo, es porque el patrón Hilario Langlois me los ha referido después mil veces, lo mismo que algunos de los que siguen. De éstos poco tendré que decir, porque el recuerdo que de ellos tengo es vago é indeciso. Todo lo que sé es que aunque entré en casa de Langlois por la puerta del naufragio, he vivido alli mucho tiempo, mucho, hasta que el deber me obligó á alejarme; hasta el día en que acontecimientos terribles me hicieron jefe de todo lo que quedaba de una familia, en la cual aquellos á quien yo llamaba padre y madre, como los otros hijos, nunca me hicieron notar que era para ellos, no ya una molestia, sino ni siquiera un estorbo grave.

<sup>(1)</sup> En Francia á la mujer casada se la conoce por el nombre y el apellido del marido.